

Centenario del natalicio de EMILIO ZOLA

El dos de abril de 1840, nació en París, Emilio Zola.

Su padre, Francisco Zola, descendía de una familia de soldados originaria de Zaira, en Dalmacia. Muchos Zola sirvieron como oficiales de tropas italianas, y el pro-



Zola a los 20 años, estudio de Paul Cézanne.

pio padre del novelista nació en Venecia.

Es sin duda por ignorancia, u omisión, que el Fascismo, al reivindicar Túnez, Suez y Córcoga, no reclamó para sí, entre todas las glorias que le faltan, la de Emilio Zola. El jocosio Virginio Gayda dejó pasar la ocasión y el mundo perdió una hora de risa. ¡Qué lástima!

Francisco Zola, ingeniero, trazó a los veintiseis años, la línea del primer ferrocarril europeo, de Lintz a Gmunden en la Alta Austria. Más tarde fué oficial de la Legión Extranjera, en Argelia. Luego se instaló en Marsella, y se casó con una hermosa francesita, Emilia Aurelia Aubert.

Entre muchos proyectos de obras grandiosas, como las fortificaciones de París, el joven ingeniero estudiaba la posibilidad de captar las aguas del río de Couse y traerlas a la ciudad de Aix, en Provenza, para evitarle la carencia periódica del precioso líquido. El canal fué llevado a buen término y se le dió el nombre de "Canal Zola". Los trabajos obligaron al ingeniero a instalarse en Aix, y es así que toda la infancia de su hijo pasó en Provenza. Al morir el ingeniero en 1847, la viuda quedó en una situación económica precaria, ya que tuvo que luchar, año tras año, con los complicados pleitos surgidos de la sucesión de su esposo.

El pequeño colegial, — apenas tenía siete años a la muerte de su padre — no sintió mayormente las penurias del hogar sin jefe, ya que su madre, valiente y ordenada mujer, ayudada por su familia, se ingenió para sufragar los gastos de la vida escolar del hijo único.

Trabajador y bien dotado intelectualmente, el colegial obtenía siempre las mejores clasificaciones. Las vacaciones en los oleados días provenzales, se pasaban en excursiones por la campiña, en compañía

de sus dos amigos, Cézanne y Baille, cuya afición no le faltó nunca. Los mocitos hablaban de poesía, componían versos, y soñaban sin modestia en sobrepasar los poetas ya consagrados, y renovar el arte poético por su propio genio aún en potencia.

Obtenida una beca para el Liceo San Luis, en París, hubo que dejar Aix y vivir en la capital, con la esperanza consoladora de volver a Provenza para las vacaciones de verano.

Dos años de estudios le permiten presentarse al examen del bachillerato, pero fracasa en París; tantea la suerte en Marsella, y fracasa nuevamente. Vuelve a París no para seguir estudiando, pues no quiere ser más una carga para su buena madre; quiere trabajar para ganarse la vida. "Un pedazo de pan, un vaso de agua, soñar y escribir". Tal su ambición.

Tiene veinte años. Encuentra un empleo en una oficina, pero es mío, distraído, se siente inferior al humilde puesto que ocupa solamente dos meses.

No encuentra los cien francos mensuales que considera, y con razón, indispensables para vivir por tan mal que sea. Es pobre, terriblemente pobre. Empeña en el Montepío los miserables objetos que posee, hasta sus ropas. Entonces se queda en la cama o escribe envuelto en una frazada, mor-



Zola en la época de "La Taberna".

ja su pan en el aceite que le mandan de Provenza, hace "el Morabito" como le mandó decir a Cézanne, pero escribe, escribe novelitas; descansa leyendo a Chénier, Sand, Shakespeare, Hugo.

A pesar de los apremios materiales, sueña ya, con la creación de obras cíclicas; novelas densas, largas, que exigen varios tomos para su desarrollo completo. Pero no es aún hora de empezar los Rougon Macquart. Sin embargo parece no tener una visión de lo que más tarde llegará a ser.

En una carta al amigo Baille, escribe: "Si me dedico a la carrera literaria, quiero seguir mi lema: "Todo o nada". No quisiera pisar en las huellas de nadie, no es que ambicione ser jamás jefe de una escuela literaria — pues un hombre así, es siempre sistemático — pero deseo elegir un sendero inexplorado, y salir del montón de los tinterillos de nuestra época. El poema épico — entiendo un poema épico de mi cuño, y no una tonta imitación de los antiguos — me parece una vía poco trillada. Hay una cosa evidente; cada sociedad tiene la poesía que le es propia; pues como nuestra sociedad no es la de 1830, y no tiene todavía su poesía, el hombre que la creará será justamente célebre. Las aspiraciones hacia el porvenir, el soplo de libertad que se hace sentir, la religión que se va depurando, son otros tantos manantiales de inspiración..."

El escritor hambriento aconseja a sus amigos de Provenza: "Hagan vuestro poema, vuestra novela como artistas conscientes; dadle dos años de trabajo, no penséis en el dinero, que esta preocupación no venga a sobreponerse a la de hacer arte".

En sus angustias cotidianas, tiene un momento feliz; es la llegada a París de Cézanne. El también quiere ser un innovador en la pintura; ya llegará a serlo co-



Zola a los 6 años.

mo Zola en la literatura.

Zola pudo entrar como empleado en la librería Hachette, haciendo envoltorios para empezar. Sus jefes se dan bien pronto cuenta que vale más que su tarea manual. Lo nombran jefe de publicidad. Hachette según se dice le aconseja abandonar los versos por la prosa. En contacto con Michelet, Saint-Beuve y Taine cuyas teorías influirán tanto sobre él, aprende su oficio de hombre de letras.

Publica sus "Cuentos a Ninón", y colabora en el "Petit Journal" y otros diarios de provincia. Trabaja con ahínco. Su orgulloso lema: "Todo o nada" va cambiando por el: "Nulla dies sine linea". Se sienta a su mesa de trabajo con la puntualidad de un empleado. Se le tachará algún día de ser un obrero de las letras. ¡Vaya un reproche!

El periodismo era considerado por Zola "como una potente palanca". Colabora en diversos diarios y revistas. Publicó su segundo libro "La Confesión de Claudio", que bien poco faltó para ser procesado. Escribió en el pequeño diario "Travail", fundado por Georges Clemenceau, y Jules Méline, cuya obstrucción al régimen de Napoleón III le mereció ser suprimido por la autoridad judicial. Un allanamiento policial en la casa Hachette hizo perder a Zola su empleo en la librería. Lejos de acobardarlo, la medida lo empuja a no buscar otro empleo, y sí a vivir de su pluma. Entra en el diario "L'Evenement" donde es encargado de la rubrica: "Libros de hoy y de mañana". A más se le confía el "Salón", o exposición anual de pinturas.

Su estilo vivaz, su frase hiriente, definen de las obras de los pintores noveles. Descubre y pondera a Manet quien será, según él, "uno de los maestros de mañana". Y vaticina con justeza.

Ataca con ardor a los pintores académicos, vencedores de la hora.

"Yo estaré siempre del lado de los vencidos", dice, y batalla con entusiasmo por Manet y Pissarro totalmente desconocidos. La originalidad de su visión pictórica, sus arremetidas contra lo fácil y lo convencional, levantan protestas. No le importa. Lucha, fustiga, hiere a diestra y siniestra; tiene numerosos enemigos y algunos amigos. Pronto estos serán legión, y los admiradores vendrán de todas partes, sobre todo del extranjero.

No exige la verdad, toda la verdad, solamente en la pintura; la quiere en la literatura y emprende obras que abogan en favor de una pintura exacta de las costumbres en una sociedad sometida a las leyes científicas.

Sus novelas "Madeleine Féral" y "Thérèse Raquin", si no llevan aún un sello realmente personal, indican ya su inclinación hacia las tesis científicas.

Su horizonte se amplía. Balzac ha dejado la "Comedia humana", él hará en diez o veinte volúmenes, la "Historia natural y social de una familia bajo el segundo imperio".

Antes de escribir la primera línea, emprende la búsqueda del "documento humano", reúne a montones las notas ilustrativas. Pasa todo un año en la Biblioteca Imperial. El "Origen de las especies" de Darwin, la "Introducción a la Medicina Experimental" de Claude Bernard, son leídas y estudiadas por él.

Creía firmemente que las nuevas teorías de la biología que revolucionaban las ciencias naturales, podían revolucionar también la literatura. La influencia del medio sobre el individuo, ya sometido a las misteriosas fuerzas de la herencia, debía suministrar al novelista una valiosa informa-

ción sobre la determinación de los actos de sus personajes.

Quiero ser naturalista, puramente naturalista, puramente fisiólogo, decía.

Su primer libro, "La Fortuna de los Rougon" apareció en el diario "Le Siécle" pero la guerra no permitió la publicación de los últimos capítulos.

El 5 de agosto de 1870, publicó un violento artículo en "La Cloche" titulado "Viva Francia!" Decía:

"A esta hora, hay, frente al Rhin, cincuenta mil soldados que han dicho no al Imperio. No querían más guerra... no querían más este terrible poder que pone entre las manos de un hombre solo, la fortuna y la vida de una nación".

Zola iba a ser procesado por los jueces imperiales. La caída del Emperador en Sedan, le evitó la cárcel.

El coraje cívico del ciudadano estuvo siempre a la par del del escritor.

"La Fortuna de los Rougon" apareció en libro en 1871. Siguiéron los otros diecinueve tomos, el último de la serie, "El Doctor Pascal" fué publicado en 1893. Cada una de sus novelas levantaba protestas airadas. La gente de letras se echaba ladrando sobre el libro salido a la venta, tratando de hacerlo jirones, y con tanta más rabia cuanto los tirajes subían a cada obra. Zola cosechaba más y más insultos y calumnias. Literatura pútrida, estiercol humano, eran los más suaves de los epítetos malsonantes para calificar sus trabajos. El hombre se enfurecía y contestaba sin contemplación a sus detractores. Desafiando al escándalo seguía produciendo. Cada libro era un acontecimiento, hacía época.

"L'Asommoir", "Nana", "Germinal", "La Terre", fueron los más criticados por las plumas enfurecidas de autores enloquecidos. Nada, hoy día, nos puede dar una idea de algo semejante a las batallas de entonces. Hay que volver a leer las diatribas de ese tiempo para asombrarse de la incomprensión y del furor de los críticos en pleno delirio.

Pero hombres de talento como Flaubert, Goncourt, Daudet, defendían al autor y su obra. Discípulos como Cérard, Huysmans, Paul Alexis, Maupassant, Hennique, se agrupaban alrededor de Zola, bajo la bandera revolucionaria del naturalismo.

La nueva escuela se impuso en Francia y en el extranjero. La gloria y la fortuna sonreían al autor. La última acusación fué la de ser pesimista. Después de la maldad, la estupidez.

¡Pesimista! Zola contestaba: "Soy optimista de todo mi ser! Soy contra el pesimismo imbecil. He puesto mi fe en la vida, la creo eternamente buena, la única obra de la salud y de la fuerza. Ella sola es fecunda, ella sola trabaja en favor de la ciudad del mañana".

Al pintar valientemente los errores y los horrores de la Sociedad de su tiempo, Zola luchaba por un porvenir más humano, donde los obreros, los campesinos, los artistas, serían defendidos, amparados por leyes liberales rigiendo un mundo social más justo, más fraterno. El soñar despierto, el batallar sin flaqueza ni temor, no es postura de un pesimista, sino de un optimista, de un visionario alerta, confiado en las fuerzas y las realizaciones de un porvenir que presente y anuncia.

El Zola de los "Rougon - Macquart", es el Zola del asunto Dreyfus. Su "Yo Acuso!" es de la misma tinta, de la misma sangre, rica, potente y generosa que un corazón de hombre ofrece a sus semejantes y a su patria que quiere siempre más noble, más libre y justiciera.

Jules BERTRAND.



Zola en la época de Dreyfus.

Está en Hollywood Nelsa Bidone



NELSA BIDONE, manos de artista insuperada para su Ond. Permanente, contratada por Peinados HOLLYWOOD. — R. Negro 1370. — U.T.E. 85335.